

LA INFAUSTA CLEMENTINA

Bart

Capítulo 1

13. Hoy me he despertado con mi *Elaphe Guttata* introducida en mi culo, la decapitada cabeza anaranjada asomando por el orificio anal cuan dragón de una cueva. En la agonía de los primeros segundos no me acuerdo de nada, pero poco a poco van viniendo a mí los recuerdos ordenados cronológicamente como una ristra de vagones que tirados por una locomotora de vapor avanzan hacia un presente turbio por el alcohol.

1. La semana pasada fui a Carcaixent a un encuentro de fans de *Twin Peaks* y en el trayecto del Cercanías de Renfe conocí a Aníbal Vidal. Aníbal se sentaba enfrente de mí y mascaba chicle como quien mastica un hueso indestructible. El recorrido solo duraba treinta y seis minutos pero enseguida hicimos buenas migas y me confesó que se dedicaba al porno amateur, como actor y director. En ese momento estaba buscando localización para su nuevo proyecto en Valencia y me pidió alguna idea ya que él no es de aquí y aunque le encanta el Levante, sus costas con chiringuitos, su sol bondadoso, apenas lo conoce. Lo cierto es que yo no supe ofrecerle ningún lugar más idóneo que mi casa. Creí haber parido una genialidad: yo me sentía todo un mecenas y él agradecido.

2. Los preparativos para el rodaje empezaron hace tres días, pero fue ayer cuando vinieron a grabar. Mi casa se vio invadida por actores, cineastas y especialistas de diversa índole. Me sorprendí por la cantidad de gente necesaria para hacer realidad una mera escena, yo siempre había atribuido un equipo numeroso a las superproducciones de efectos especiales y combates interestelares.

3. Ellos se llamaban Claudio Bravo, Elías Díaz, más conocido como El niño nabo y Dark Anastasia. Me refiero, claro, a los protagonistas de la función, los actores que iban a darse el lote.

3. Los actores fornicaron encima de mi sofá modular del Ikea. Yo no quito ojo del polvo y permanezco lo más cerca posible sin que me capte la cámara, erguido como el custodio de un palacio real y dando sorbos a una lata de Steinburg. Aunque no es que esté excitado, solo que me fascina el éxtasis de la carne transpirando.

4. Los recuerdos 5, 6 y 7 podrían denominarse Las visitas extemporáneas.

5. Un técnico de Gas Natural se presentó a las once y cuarto en casa, habiendo yo olvidado totalmente su revisión programada de la caldera. Titubeo pero termino permitiéndole el paso tras explicarle la tesitura. Los gritos resuenan por toda la casa, recordando más a alaridos que a orgasmos, y el tipo atraviesa el pasillo casi con miedo como quien recorre

un castillo encantado en la noche de los Cárpatos.

6. A la una y media volvieron a llamar a la puerta. Miro por la mirilla y veo el rostro de uva pasa malhumorada de una anciana, una vecina del edificio de enfrente. Seguro que nos quiere increpar porque su marido encamado ha atisbado en mi comedor varios cuerpos desnudos y ha tenido la primera erección en quince años pero sería catastrófico reconocerlo y opta por exigir a su octogenaria esposa que vaya a hablar con esos viciosos y montarles un escándalo a no ser que estén haciendo una sacra representación de los prístinos e inocentes días del hombre en el Paraíso. Por si acaso mis delirios contienen un ápice de verdad, no abro la puerta pero sí bajo las cortinas en el comedor y comunico al técnico de iluminación que tendrán que prescindir de luz natural al menos en ese salón.

7. Mi compañera de piso es Liz, una canadiense vegana y taciturna que había declarado su intención de encerrarse en su cuarto durante la filmación. Al final le vence la curiosidad o le incordian los gritos programados de Anastasia y aparece a mi lado. Veo cuán rojos tiene sus implacables ojos de lechuza y me doy cuenta que ha vuelto a pasarse con los porros. Liz está tan categóricamente convencida de la extrema juventud de El niño nabo como de la forma esférica de los planetas e insiste en que es menor de edad y que su aparición en una película clasificada X constituye una ilegalidad al mismo tiempo que es inmoral corromper a esos imberbes que todavía no se han formado como persona adulta. Me torpedea con estas y otras recriminaciones hasta que le consigo el DNI del chaval. Pese a que esgrimirle tal documento logra que Liz desaparezca, no antes de pedirle un poco de su maría, ya no puedo parar de fijarme en el aspecto enclenque y bisoño de Elías, mientras que la sombra de la censura de la pejiguera canadiense planea sobre mí y me impide seguir disfrutando durante un buen rato.

8. Aproveché los descansos del rodaje para seguir echando mano de mis Steinburgs, compartirlas con el equipo y charlar sobre snuff movies, su veracidad y los canales subterráneos a través de los cuales se distribuyen.

9. Por algún comentario en uno de estos intermedios deducí que Aníbal Vidal es un aficionado a la herpetología. Le menciono que tengo una serpiente del maíz, una *Elaphe Guttata* a la que llamo Clementina porque su piel me recuerda a la cáscara de susodicha fruta y porque ese nombre me parece apropiado para un oficio dócil. Y aunque no constara en el guión, Aníbal insiste en que el reptil aparezca en una escena, que Dark Anastasia haga un baile impúdico moviendo los brazos como plácidas olas y portándolo en sus hombros. Ella no pone pegas pero Claudio Bravo tiene ofidiofobia y amenaza con negarse a seguir actuando en presencia de Clementina. El director y yo terminamos convenciéndole para que continúe, dándole fe del temperamento apacible de mi mascota. Yo añado

a modo de ejemplo y apoyo a mis palabras que los ratones adultos mordían a veces a Clementina así que la alimentaba con roedores recién nacidos, pero tal detalle no parece que le resulte especialmente reconfortante.

10. El actor se desmayó nada más ver mi *Elaphe Guttata*, su inquieta lengua bífida, su cuerpo de escamas, por mucho que este parezca una delgada cuerda alrededor del cuello de Anastasia. Tras unos instantes de confusión y dejar al perjudicado encima de mi cama, se sugiere que tengo un físico similar al de Claudio y que podría reemplazarlo en algunas tomas antes de darse por finalizada la jornada. Únicamente mostraría mi espalda a la cámara y anhelo intervenir en la producción, pero me apetece hacerme el remolón y que me imploren. Accedo después de darles varias calabazas.

11. Mi cometido se limita a permanecer quieto mientras Anastasia contonea su voluptuosidad delante de mí. Pedirme unos escasos segundos de inmovilidad no parece a priori una demanda difícil de cumplir, pero resulta una titánica tarea oliendo y aspirando la piel de la mujer y creyendo, ya sea por el alcohol o debido a mi desesperación por el hambre de faldas, que ella está intentando seducirme, que su pasión no es ficción sino que es tan real y palpable como mi pene estrujándose contra mi pantalón y que ella va a luchar por abrirme un hueco en la industria pornográfica, donde compartiríamos multitud de escenas tórridas que servirían de alivio a miles de adolescentes de cutis volcánico masturbándose compulsivamente en sus habitaciones decadentes para sentir que siguen aferrados a la vida.

12. Debido a todo ello, yo no tengo más remedio que abalanzarme hacia Dark Anastasia, el flirteo sutil nunca ha sido mi fuerte. La actriz me golpea e intenta desprenderse de mi abrazo de neandertal en celo pero ni ella ni el resto de los allí reunidos logran tal empresa, hasta que aparece Claudio Bravo que acaba de recobrar la conciencia, atlético y furibundo como un ángel vengador, y empieza a estrangularme, y yo en ese momento no entiendo sus razones, aunque supongo que podría haberme dado unas cuantas, ya sea ser propietario del bicho que lo ha dejado fuera de combate durante un tiempo, usurpar su papel en la película, o tal vez solo quiso erigirse como defensor del derecho de su compañera y por extensión de todas las féminas a no ser forzadas. En cualquier caso, la negrura viene a mí inexorablemente y yo empiezo a flotar en un sueño intranquilo del que no saldré hasta que el dolor de mi ano acapare la mayor relevancia del universo.